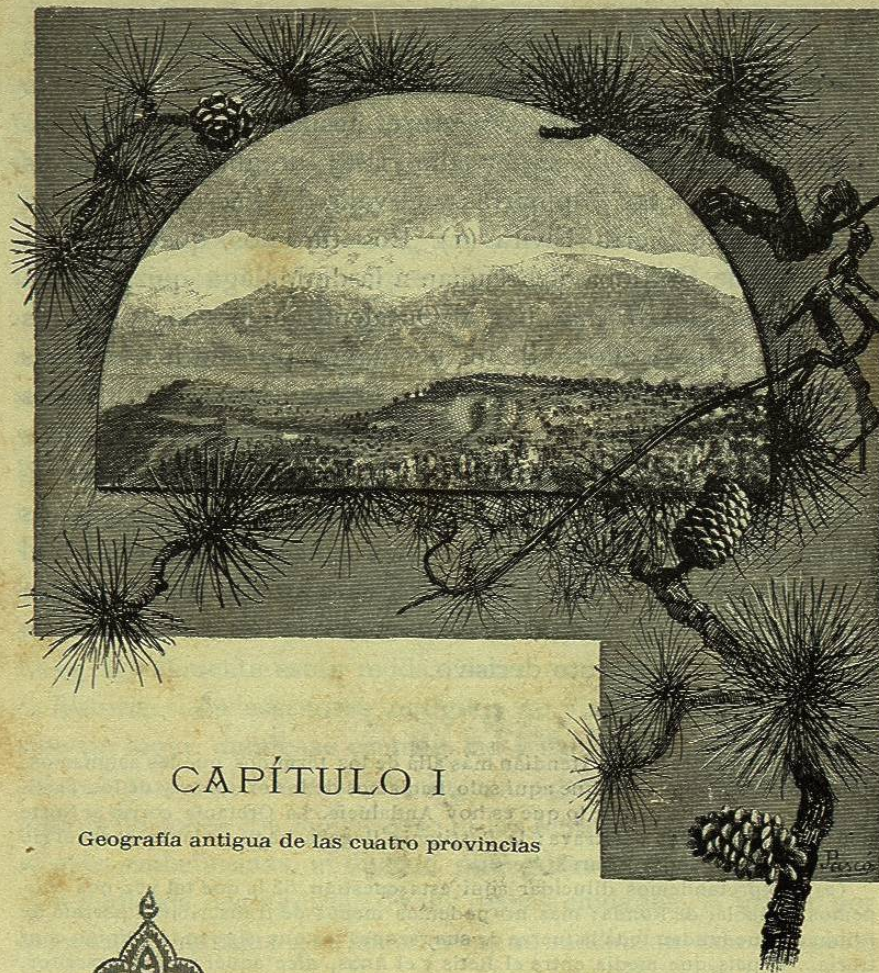


atrevida profanamos la urna que encierra tu pasado: el amor por tí nos trajo á tus fronteras, y sólo el amor por tí pudo inspirarnos tanto atrevimiento. Brisas que oreáis nuestra humilde cabellera, arroyos que murmuráis á nuestras plantas, flores que crecéis á sus orillas y embalsamáis el aire con deliciosos perfumes, estrellas que alumbráis de noche el firmamento, espíritus que corréis en alas de las brisas que agitan dulcemente los árboles de las selvas, dad nueva frescura á nuestros sentidos, fuerzas á nuestra razón, vuelo á nuestra fantasía. Vamos á escribir de Granada, la reina de nuestra poesía y de nuestra historia, y tememos empañar el brillo que le dieron tres siglos de reinado y cuatro de glorioso vasallaje. Que Granada diga al leernos: heme aquí y sepultaremos gustosos la pluma con que lo hayamos escrito.



## CAPÍTULO I

Geografía antigua de las cuatro provincias



ENFIÉRESE de los escritores griegos y romanos que hubo antiguamente cuatro pueblos ó razas en el suelo de Jaén, Almería, Málaga y Granada. Vivían al Norte los oretanos, que ocupaban las vertientes meridionales de Sierra Morena y las occidentales de las de Segura y Cazorla, y bajaban por ambas orillas del Guadalquivir á las fronteras de la Turdetania,

cerca de la ciudad de Andújar. Á Mediodía confinaban con los bastitanos, que se extendían desde más acá de Guadix al reino de Murcia, llegaban por Oriente al mismo pié del mar, descendían de Orce á Berja por Almería, y de allí por las faldas meridionales de las Alpujarras y el valle de Lecrín se dirigían al levante de Sierra Elvira (1). Los túrdulos, que desde la provincia de Córdoba descendían á la de Málaga quizás hasta la sierra de Guaro, moraban al Occidente de las dos primeras razas; debajo de ellos y de los bastitanos poseían los bástulos las riberas del Mediterráneo desde Orce al Estrecho. Muchos historiadores han querido ver en estas provincias otros pueblos llamados célticos, sitos en la Serranía de Ronda; pero no permiten juzgarlo así los textos de los antiguos geógrafos, que los ponen constantemente al Oeste de Sevilla en las orillas del Guadiana (2). Sólo los autores que escribieron antes de la caída del imperio romano son á nuestro modo de ver los que tienen en estas cuestiones voto decisivo.

(1) Estas dos razas se extendían más allá de los términos que les asignamos; debe, empero, advertirse que aquí sólo hablamos de los oretanos y de los bastitanos que hubo dentro de lo que es hoy Andalucía. La Oretania corría al Norte por todo el campo de Calatrava: la Bastitania llegaba hacia Oriente hasta el río Suero ó Suerón, ahora Júcar.

(2) No pretendemos dilucidar aquí esta cuestión, de la que tal vez nos ocupemos al hablar de Ronda; mas no podemos menos de transcribir el párrafo de Plinio en que fundan toda la fuerza de sus razones los que siguen la opinión contraria... El país que media entre el Betis y el Anas, dice aquel grande escritor, país que cae fuera de los que se acaban de nombrar, se llama *Beturia*. Se divide en dos partes habitadas por dos naciones, los *Célticos que lindan con la Lusitania* y corresponden al partido de *Hispalis* (Sevilla), y los *Túrdulos*, que confinan con la Lusitania y la Tarragonesa, y dependen de Córdoba. Los *Célticos* son celtiberos venidos de la Lusitania, como lo demuestran el culto, el idioma y los nombres de las poblaciones, que corresponden á los que tienen las mismas en la Bética. Fama Julia es Seria; Concordia Julia, Nertobriga; Restituta Julia, Segides; Julia, Contributa; la Cúriga actual, Ucultuniaco; Constancia Julia, Lacunimurges; Fortunales, Tereses; Emanicos, Calenses. Continúa luego el autor en el párrafo siguiente... La *Céltica* contiene, además, Acinipo, Arunda, Arucis, Turobriga, Alpessa, Sepona y Seripo. *Præter hæc in Celtica Acinipo, Arunda, etc.*, (PLIN. lib. 3. cap. 3.). ¿Por dónde cabe aquí conjeturar que Plinio pudo referirse á unos célticos que habitaban en la Serranía de Ronda? Cuando dice: *Præter hæc in Celtica*, ¿es siquiera posible conjeturar que hablaba de otros célticos que los que él mismo puso entre el Guadalquivir y el Guadiana?

Cada una de estas razas tenía su capital. Los oretanos, que al Septentrion de Sierra Morena ocupaban todo el campo de Calatrava, la tuvieron en Oria ú *Oretum*, sentada á las orillas del Javalón, donde se eleva el modesto santuario de Nuestra Señora del Oreto; los bastitanos, en Basti, hoy Baza, fecunda por el río del mismo nombre; los bástulos, tal vez en *Malaca*; los túrdulos en *Corduba*, que se cree haber sido también la metrópoli de toda la Turdetania. Comprendía, además, cada raza en su territorio ciudades de importancia. Dentro de estas provincias dependían de Oretum Castulo, Biatia, Tuia, Mentesa y Cervaria; de Basti Ilunurum, Vergilia, Acci y Urci; de Malaca Barbesula, Suel, Salduba, Menoba, Exi, Selambina, Portus-Magnus y Murgis; de Corduba Becula, Illiturgis, Ippaturgis, Sitia, Obulcón, Tucci, Illiberis, Vescis, Escua, Astigi y Lacitis, acaso la última ciudad de las regiones que hubo en el interior del reino (1). ¿Hasta dónde, empero, llegaba esa dependencia? Desgraciadamente están mudas sobre este punto la tradición y la historia. Los escritores antiguos no vieron en las capitales sino un lugar donde se reunían las tribus en asambleas ó *conciliums* para deliberar sobre negocios que pudiesen afectar el interés de todos los individuos; ni las pintaron mejor muradas, ni más embellecidas, ni dijeron que gozasen de preeminencias que pudiesen distinguirlas de las demás ciudades. Á juzgar por las escasas noticias que nos dieron, no mediarían sino vínculos muy débiles entre unas y otras poblaciones. Ni puede suponerse

(1) He aquí los lugares de la España moderna á que corresponden las ciudades de cada tribu mentadas en el texto. Castulo es Cazlona; Biatia ó Beatia, Baeza; Tuia, castillo de Toya; Mentesa, La Guardia; Cervaria, tal vez Bilehes; Ilunurum, Hellín ó Villena; Vergilia, Berja; Acci, Guadix; Urci ú Orcetis, Orce; Barbesula, ciudad que estuvo en la boca del Guadiaro; Suel, Fuengirola; Salduba, Marbella; Manoba, Vélez; Exi, Ex ó Sex, Almuñecar; Selambina, Salobreña; Portus-Magnus; Almería; Murgis, Mojacar; Baecula ó Caecila, Bailén; Illiturgis, Santa Potenciana; Ippaturgi, Los Villares, junto á Andújar; Obulcón, Porcuna; Tucci, Martos; Illiberi ó Illiberis, Elvira; Vescis, Huesca; Escua, Archidona; Astigi ó Astigis, Alhama; Lascitis, La Pedrera ó Coin. Tampoco hemos citado aquí más ciudades antiguas que las que estuvieron en el territorio de las cuatro provincias que estamos historiando: son muchas más las que hubo en cada tribu.

otra cosa, atendido á que el hombre inculto tiende al aislamiento, y está siempre dispuesto á sacudir el yugo que otros pretendan imponerle.

Era aún mayor la independencia entre las diversas razas. Aunque oriundas todas del Asia, mirábanse antes como enemigas que como hermanas, veían en su proximidad menos motivos de confianza que de recelo, y apenas se conocían mas que por las relaciones á que habían dado origen sus querellas y frecuentes guerras. Las razas de estas provincias, como las que fueron poblando Europa, eran el resultado de las incessantes emigraciones á que movieron á los hombres en los primeros siglos las necesidades físicas, los escasos medios de satisfacerlas, y sobre todo el deseo de vivir en mejor clima y bajo mejor cielo. Habíanse impelido por mucho tiempo unas á otras, habían sido arrojadas repetidas veces de los países que escogieron sucesivamente por morada; y al fijarse en regiones que estaban ya en los últimos confines del mundo, era natural que temiesen á sus vecinos y viviesen sin cesar sobre las armas. Por otra parte, no gozaban todas de una situación igualmente ventajosa: vivían los oretanos en una tierra generalmente áspera y poco fecunda, y los túrdulos en un país donde brota la vegetación entre las mismas rocas; los bastitanos estaban, en todo lo que es hoy Andalucía, encerrados en estrechos valles circuidos de sierras escabrosas, y los bástulos al pié del mar, que les abría la comunicación con las vecinas costas de la Mauritania. ¿No podía ser esto causa de continuas invasiones?

Los geógrafos griegos y romanos hablan, sin embargo, de una vasta región llamada Turdetania, que suponen compuesta de diversos pueblos en cuyo número cuentan á los túrdulos y á los bástulos. Indican que Córdoba fué su capital, describen su situación, sus ríos, sus montes y sus fronteras, y en cuanto dicen de ella dejan sospechar que hubo lazos sociales y políticos cuando menos entre algunas tribus. Importa, pues, que nos

hagamos cargo de esta región antigua. La Turdetania, según Estrabón, era lo que fué después la Bética. Extendíase desde las orillas del Guadiana hasta el golfo de Urçi, casi en toda su extensión por las cristalinas aguas del Guadalquivir, conocido en las primeras épocas de la historia con el nombre de Tarteso. Llamábasela también Tartesida, y solían pintarla como un lugar de ventura, donde eran desconocidas la nieve y la escarcha, y vivían felices los hombres, halagados sin cesar por las suaves y frescas auras que despedía el mar vecino (1). Celebrábase especialmente su feracidad y la riqueza de sus metales, tanta, al decir de la antigüedad, que brotaba la plata entre las peñas y arrastraban oro consigo los arroyos y los torrentes. La fama de su belleza había llegado ya de muy antiguo á las playas de Grecia; y la habían escogido por campo de sus ficciones la religión y la poesía. En ella ó cerca de ella habían sido colocados los Campos Elíseos, morada de las almas de los justos, el jardín de las Hespérides, célebre por sus manzanas de oro, las fecundas praderas donde apacentó Gerión sus numerosos rebaños, el lugar de las hazañas de Hércules, de quien dijeron que rompió el istmo que separaba el Mediterráneo del Océano. Á ella había traído la mitología á Pan y á Baco, y la poesía á Ulises, cuyas armas, cuenta la tradición, que estuvieron suspendidas por muchos siglos de los muros de un templo de Minerva fundado en una ciudad al norte de Adra. Homero, considerándola situada en los límites del Orbe, había visto, por fin, en ella el trono de Minos y de Radamanto, inmediato á éste el Tártaro y más allá las olas del Océano que extinguían, según él, los más brillantes rayos del sol y atraían la noche sobre la tierra (2). Los griegos del tiempo de este

(1) Estas palabras están literalmente copiadas de la *Odisea* de Homero, que aunque no mentó la Turdetania por su nombre, es indudable que quiso hablar de ella cuando dice que fué su héroe á una región sita en los últimos confines de la tierra, próxima al Océano.

(2) En el mismo mar, llamado de Tarteso por ser éste el nombre dado antiguamente ya al Guadalquivir que desemboca en él, ya á una ciudad que estaba á su

poeta no tenían de tan apartada región mas que ideas vagas y confusas; y es sabido que la oscuridad, tanto en la geografía como en la historia, favorece la fuerza creadora de la poesía.

Mas ¿esa Turdetania era verdaderamente una provincia ó una tribu? Hablan todos los escritores de unos turdetanos que habitaban en las márgenes del Tarteso, cuyo territorio suponen limitado al occidente por el mismo Guadiana, al mediodía por el mar y al oriente por los túrdulos, con los que estaban ya confundidos en tiempo del Imperio. Remontan su origen y su civilización á las épocas más oscuras de la historia, y los pintan suaves en sus costumbres, adelantados en el ejercicio de las artes, gobernados por leyes antiquísimas, enemigos de la guerra, amantes del cultivo del entendimiento, muy lejanos ya del estado de barbarie en que se encontraban los habitantes de las próximas regiones. Tribu de tan buena situación y tan aventajada en cultura parece verdaderamente que debía ejercer algún influjo sobre sus vecinas; mas esta consideración no basta para establecer en ella el centro político de las demás, ni considerarla como la cabeza de toda la comarca. Carecemos de datos históricos, y sólo cabe emitir más ó menos fundadas conjeturas. No era sólo notable la tribu de los turdetanos por sus mayores adelantos sociales; lo era por su mayor extensión, por la mayor riqueza de su suelo, que contenía lo más feraz y pingüe de toda Andalucía, por su mayor facilidad en aprovecharse de las ventajas naturales del terreno: circunstancias todas que habiéndose debido presentar aún con más realce á los ojos de los primeros invasores, es muy posible que hayan sido causa de que éstos hiciesen extensivo su nombre ya que no su influencia á las regiones encerradas entre el Guadiana y los

entrada, supuso Silio Itálico que de noche quedaban presos los caballos del sol, á los cuales soltaba por la mañana.

Jam Tartessiaco quos solverat æquore, Titan  
In noctem diffusus equos jungebat Eois  
Littoribus...

SIL. ITÁL. *De bell. pun.*, lib. 6.

montes de Cazorla, entre Sierra Morena y el Mediterráneo. Apoya esta hipótesis el mismo Estrabón, que después de haber descrito la posición geográfica de la Oretania y de la Bastitania, pasa á hablar de la Bética, llamada así, dice, porque la baña el Betis, y Turdetania por el nombre de sus habitantes. Todos los habitantes de la Bética ¿eran pues turdetanos, según este geógrafo? Á haberlo creído así, hubiera guardado silencio sobre los bástulos, de que no tarda en ocuparse.

La geografía de la mayor parte de los pueblos suele presentarse entre sombras hasta la época en que la civilización penetra en ellos con las armas de alguna nación conquistadora. Divididos y subdivididos antes en pequeñas tribus, es difícil apreciarlos en detalle, imposible á veces abarcarlos en conjunto. Mas cuando gimen ya bajo el yugo de un imperio extraño, reunidos en grandes grupos, en distritos judiciales, en provincias, van haciéndose asequibles á la rápida ojeada de los historiadores. Respecto á nuestras tribus no tuvo aún lugar esta mudanza bajo la dominación de los fenicios ni la de los cartagineses; pero la tuvo indudablemente bajo la de los romanos, á cuyos escritores debemos hasta las oscuras noticias que preceden. Dueños los fenicios apenas más que de nuestras playas meridionales y occidentales, y atajados los cartagineses en su conquista por las armas de la república del Tiber, no pudieron verificar en la Península ninguna revolución política que debiese dar por resultado una nueva clasificación geográfica; al paso que los romanos, señores de todo el reino, se vieron obligados por el deseo que tenían de conservarlo en su poder, á distribuir los pueblos en mayor ó menor número de provincias y conventos según lo iban exigiendo su sistema de administración de justicia y sus medios de gobierno. Agrupólos en dos provincias la República, en tres Augusto, en seis Constantino, que después de haber trasladado á oriente el trono levantado y sostenido por sus mayores, trastornó casi del todo la antigua división del imperio.

Durante los cónsules, pertenecieron á la España ulterior las tribus de estas provincias; mas desde el primer sucesor de César fueron distribuídas parte en la Bética y parte en la Tarraconense. Era entonces la Bética una provincia que desde el Guadiana se extendía hasta Mojacar por las orillas del Mediterráneo, torcía por entre Granada y Guadix, y Andújar y Cazlona hacia Sierra Morena y la Mancha, y al llegar en esta á la altura de Medellín, volvía á las márgenes del mismo río que constituía su punto de partida. Confinaba al Occidente con la Lusitania, al Norte con los Carpetanos, con la Oretania y la Bastitania á Oriente y con el mar á Mediodía. De las tribus de estas provincias sólo tenía á los túrdulos y á los bástulos dentro de sus fronteras: las otras dos dependían de la antigua Tarraco.

Recibía la Bética el río de que tomó nombre (1) junto á Illiturgis, á la entrada de la Osigitania, cuyos fértiles y encantados valles tapizaban las riberas de la misma corriente. Era á la sazón el Betis río de mucha celebridad y tenido como ahora por el primero de Andalucía. Plinio nos indicó ya su nacimiento en el *Saltus Tugiensis* ó sierra de Segura, de la cual le pintó despeñándose con violencia como huyendo de la hoguera de uno de los Escipiones; Silio Itálico mencionó la fertilidad de sus márgenes cubiertas de olivos y la belleza de sus claras y transparentes aguas acostumbradas á limpiar todas las días los caballos del sol; los geógrafos le supusieron todos navegable en buques mayores hasta Sevilla, y en pequeñas barcas hasta algo más allá de Córdoba, gloria de una tierra que produce oro, como la llama el mismo Itálico (2). Después de él apenas eran mentados

(1) El Betis, llamado desde la dominación de los árabes, Guadalquivir.

(2) Trasladamos á continuación los textos de Plinio y Silio Itálico citados: «Bætis in Tarraconensis provinciæ non ut aliqui dixerent Mentesa oppido, sed Tugiensi exoriens Saltu, juxta quem Tader Fluvius (El Segura) qui cartaginensem agrum rigat. Ille ocior refugit Scipionis rogam.» PLIN. lib. 3. cap. 1.

. . . . . Genuit quos ubere ripa

en la Bética más que sus tributarios el Menoba y el Singilis, el mismo que cubre hoy de cármenes y alamedas la vega de Granada; el Barbesula, que ruge bajo las imponentes ruínas del castillo de Gaucín, y desagua cerca de las Columnas de Hércules; el Salduba, que fecunda los alrededores de Marbella; el Malaca, llamado después Guadalmedina; el caudaloso Anas, por fin, en cuyas orillas estaban sentados los pueblos de dos regiones (1).

Las sierras donde nacen estos ríos llevarían también otro nombre entre los romanos; mas no consta sino el de muy pocos en las obras que aquellos escribieron. Apenas hablaron más que del *Mons Mariorum*, que separa ahora Castilla de Andalucía, y del *Ilipula* voz al parecer genérica con que designaron toda esa vasta cordillera que empieza en la sierra de Segura y va á hundir su planta en el Estrecho. El Orospeida que mientan alguna vez los geógrafos, no era más que una parte de esa misma cadena de montes á que pertenecía también el Salto Tugiense, llamado Argénteo por la mucha plata que en sus entrañas contenía. Por lo que cabe inferir de Estrabón, era el Orospeida el ramal que va de mediodía á Occidente, y el *Mons Argenteus* la cabeza de la cordillera. El Ilipula no comprendía, pues, sólo la Bética: hacia Oriente constituía las fronteras de los oretanos, y dividía por mitad la Bastitania.

Estaba además dividida cada provincia española, según la distribución de Augusto, en distritos ó conventos judiciales, cada uno de los cuales comprendía en la Bética una cuarta parte del territorio. Los túrdulos y los bástulos orientales eran del de

Palladio Bætis umbratus cornua ramo.

. . . . .  
Nec decus auriferæ cessabit Corduba terræ.

SIL. ITÁL. lib. 3. *De bell. pun.*

. . . . . Bætisque lavare

Solis equos dulci consuetus fluminis nuda.

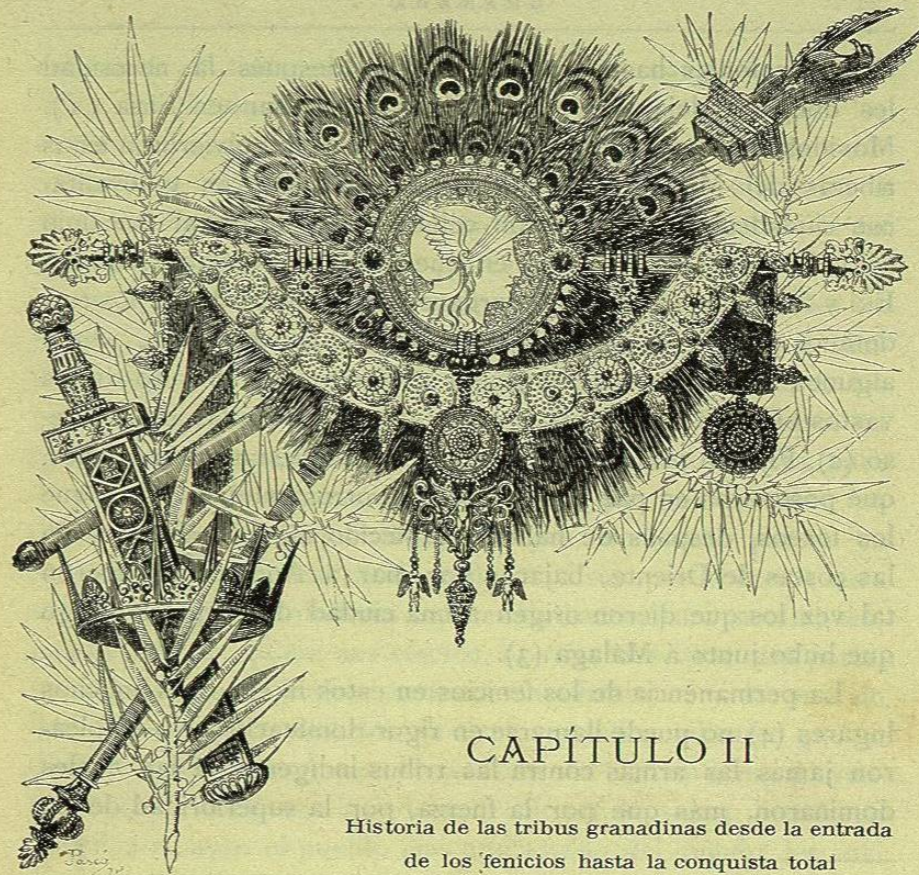
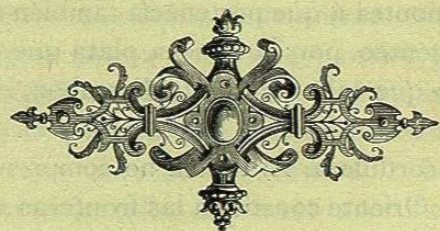
Im. lib. 17.

(1) Menoba ó Manoba era el río Vélez; el Singulis ó Singilis, el Genil; el Barbesula, el Guadiaro; el Salduba, Río Verde; el Anas, el Guadiana.

Córdoba; los que vivían más al occidente, del de Écija; las otras dos tribus, del de Cartagena, uno de los de la Tarracense. Esos límites están aún descritos con vaguedad, mas no creemos necesario descender á más detalles.

La reforma hecha por Constantino es también en este lugar poco digna de examen, porque apenas alteró la geografía de estas tribus. Los oretanos y los bastitanos pasaron á la provincia Cartaginesa (1).

(1) El lector habrá observado lo escasos que hemos sido en citar á los autores de cuyas obras hemos sacado las noticias que preceden; lo hemos creído inútil, porque á querer hacerlo, hubiéramos debido repetir las mismas citas al fin de cada cláusula. Baste saber que para la redacción de este capítulo hemos tenido con especialidad á la vista el lib. 3.º de Estrabón, la Conducción Geográfica de Ptolomeo, el libro 3.º de la Historia Natural de Plinio y el 2.º de Pomponio Mela.



## CAPÍTULO II

Historia de las tribus granadinas desde la entrada de los fenicios hasta la conquista total de España por los romanos



ECORRIENDO los fenicios las costas de África, créese que dieron con el Estrecho y desembarcaron en las playas de estas tribus. Admiróles al parecer en ellas la fecundidad de la tierra y la hermosura del cielo; mas no las escogieron para asiento